

FERNANDO IWASAKI

El cuento latinoamericano y el canon accidental

Cristina Díaz-Pinés (presentadora): Tengo el placer de presentar a Fernando Iwasaki, y aunque yo sé que a quien queréis escuchar es a él, no a mí, no quiero dejar pasar la oportunidad de contaros unas cuantas cosas que he descubierto y que creo que os pueden servir de introducción y aperitivo de lo que viene luego.

Fernando Iwasaki nació en Lima en 1961.

Es licenciado por la Pontificia Católica del Perú y doctor por la Universidad de Sevilla.

Satisfecho de mezclar géneros como la ficción, la memoria y el ensayo, ha resuelto con brillantez títulos como *La caja de pan duro*, *El libro del mal amor* y *Un milagro informal*.

En *Ajuar funerario* demuestra, con la aproximación de lo doméstico y lo sepulcral y la voluntad de confundir ambos espacios -porque esa confusión deliberada y poética recorre el libro- que los fantasmas, las pesadillas, los ritos y las supersticiones nos pueden seguir asustando en pleno siglo XXI, casi como si estuviéramos aún en la infancia, al mismo nivel que los insomnios y las hipotecas.

En su última novela, *Neguijón*, nos quiere ofrecer la mirada de un latinoamericano actual sobre lo que fue el realismo mágico español del barroco.

Considerando la literatura como “el esparcimiento más turbador”, consigue conciliar, estancias entre sus pueblos más jóvenes (colaboraciones, prólogos, tertulias, artículos) con las de su propia creación literaria.

Y la verdad es que, en esta propuesta suya, con la que consigue "deleitamos y de paso instruimos", según palabras de Cabrera Infante, no le va del todo mal.

Así, es Premio de Ensayo Alberto Ulloa en 1987, Premio Copé de Narrativa en 1998, y, algo sorprendente por su deslinde con la ortodoxia intelectual al uso, Premio Fundación de Fútbol Profesional, por su obra *El sentimiento trágico de la Liga*

Definiéndose en su praxis como despreocupado de lo políticamente correcto, no duda en proclamar que para él lo primero es su familia y todo lo demás secundario.

Entre sus influencias, que rozan a veces lo cinematográfico, la música se alza impenitente, y casi en cada libro suyo, por propia y voluntaria concesión, se desliza alguna referencia, explícita o soterrada, a los Beatles.

Desde los 90 ha venido colaborando con diversos medios periodísticos de amplio espectro y sin someterse a convenio regulador.

Ya por fin, en 1989, adopta a Sevilla -que no Sevilla a él-, donde le ha sido revelada una suerte de escritor de pueblo en San José de la Rinconada.

En este feliz acontecimiento sevillano destacan actividades como director de la revista literaria *Renacimiento*, la dirección de la Fundación Cristina Heeren de Arte Flamenco, así como sus columnas del diario *ABC*.

Es, pues, un peruano que sienta plaza como sevillano, que define a Sevilla como una de sus patrias, con la flor de la buganvilla, con el aroma de la dama de noche y con el tañido de una campana; un sevillano de vocación que pasea por los jardines del Alcázar, enseña la plaza de Santa Marta, se acerca al campo del Betis, disfruta con una soleá en Triana y sabe apreciar el jamón de pata negra.

Un escritor de pueblo, al que reconoce en la distancia por su dimensión humana, y del que echa de menos, en su ausencia, una rutina que nunca es rutina.

Fernando Iwasaki, con pinceladas orientales también, es sin duda, por su circunstancia vital y por su propia decisión, una síntesis de este conjunto de herencias y de este mestizaje lingüístico al que hemos venido a acercarnos en este congreso.

Fernando Iwasaki: Muy buenas tardes. Gracias, Cristina, por esa presentación tan divertida como generosa. Bueno, en realidad, al que no le guste el jamón él se lo pierde, y ahora habrán comprendido que no hay una gran exhibición de inteligencia por mi parte al hacer esa afirmación.

Yo adoro no sólo Sevilla. Comentaba, hace un momento en una entrevista, que vengo todos los años a Jerez con la Fundación Cristina Heeren a presentar un Premio de bulerías; lo hacemos en la Alamedita del Banco y después nos vamos a tapear al Barrio Santiago. O sea, que yo me siento también en Jerez, felizmente, como en mi casa. Porque así me hacen sentir siempre aquí.

Me siento además muy contento de poder colaborar en una actividad organizada por la Fundación Caballero Bonald, porque siempre los hispanoamericanos hemos visto a Pepe Caballero Bonald como uno de los nuestros. Creo que es el único escritor español que, cuando apareció el *boom*, se encontraba entre las dos orillas, por su estancia en Colombia, por su conocimiento de la literatura hispanoamericana y, por supuesto, por su propia trayectoria dentro del mundo literario español. Caballero Bonald estuvo siempre entre esas dos orillas, y creo que era algo maravilloso que los

latinoamericanos lo sintieran tan suyo como los escritores españoles. Creo que es el único que ha disfrutado de ese privilegio, y me hace muchísima ilusión poder estar aquí en una actividad convocada por una fundación que lleva su nombre.

Aquí pasa algo muy extraño, y es que yo estoy anunciado entre una sección de debates. Y, como ya me admitió Cristina que no vamos a debatir entre nosotros, debo pensar que mi función es o provocarles a ustedes o que, simple y llanamente, hagan ustedes “Fuenteovejuna” conmigo. Como en cualquier caso vengo preparado para las dos eventualidades, voy a tratar de hablarles sobre el cuento en Hispanoamérica. Voy a intentar ser un poco provocador, y temerario incluso en algunas afirmaciones, con idea de cumplir con lo que está previsto, y es que éste sea un momento de debate.

No pretendo discutir si el cuento es más importante que la novela o viceversa. Tampoco me mueve especialmente dolerme y rasgarme públicamente las vestiduras por el mucho o poco interés editorial que existe en España sobre el cuento. Es decir, ninguno de esos elementos es lo que yo quiero transmitir aquí. Considero que el género del cuento, la narrativa breve, tiene la suficiente importancia y dignidad como para que los escritores de cuentos no vayamos por distintos seminarios dando pena. Yo me siento muy contento de escribir relatos. Creo que me he formado literariamente leyendo relatos, y jamás se me pasó por la cabeza, mientras era un lector omnívoro, hacer distinciones entre la importancia del relato con respecto a la novela, o al revés. Por lo menos esto quiero dejarlo claro, en el sentido de que para mí el cuento es una de las formas de la narración, es una de las expresiones de la literatura y, como tal, me parece que no debo entretenerme en demostrarles que el cuento puede ser en sí más importante o no que cualquier otro género.

Pero, en cambio, sí quiero decir –y aquí empiezo propiamente con los temas que he preparado- que en la tradición literaria hispanoamericana, incluso en la tradición literaria en español, el cuento siempre ha tenido una importancia muy especial. En el siglo XIX, casi simultáneamente en los Estados Unidos, en Francia, en España y en Hispanoamérica, surge lo que podríamos llamar el cuento, el relato. Es decir, mientras Edgar Allan Poe escribía sus *tales*, Baudelaire escribía sus pequeños poemas en prosa, Bécquer escribía sus leyendas, y en América, concretamente en el Perú, Ricardo Palma escribía las tradiciones peruanas. Esto es casi simultáneo, no hay una puesta de acuerdo ni en común entre estos cuatro escritores. Cada uno en su país, cada uno en su propio mundo, busca casi simultáneamente una expresión narradora nueva. Para Bécquer es la leyenda, para Palma es la tradición, Poe les llama simplemente *tales*, ni siquiera *short*

stories, y para Baudelaire son pequeños poemas en prosa. Está naciendo el cuento breve, el relato tal y como lo conocemos. Otra cosa distinta es que en cada uno de estos lugares haya tenido una evolución diferente.

Pero creo que no exagero si incluyo en este grupo al peruano Palma, porque considero que fue en su momento un autor que tuvo una gran importancia. Cuando se celebra el cuarto centenario del Descubrimiento de América, en 1892, y se convoca en España, concretamente en Madrid, en Sevilla y en Huelva (en La Rábida) una gran reunión de los primeros directores de las Academias Hispanoamericanas, viene Palma desde el Perú. Ya era el autor de *Las tradiciones peruanas*; se presenta con aproximadamente cuatrocientas palabras que eran de uso corriente en América Latina y quería proponer que estas palabras fueran incorporadas al diccionario. No le aceptaron ninguna, pero había palabras como “editorial”, por ejemplo. En España entonces se le llamaba “artículo de fondo”, pero en América Latina ya se decía “editorial”, o se decía “titular”, o se decía “redacción”. Es decir, había palabras asociadas al mundo periodístico. No le echaron cuenta a Palma, y luego Unamuno sí escribe un largo ensayo sobre el español de América y rescata esas aportaciones de Palma y demanda que se le dé al español de América la importancia que según él tenía.

Quiero recordar que, además, en una novela que se escribió muy cerca de aquí, en Arcos de la Frontera, *Historias de una finca*, de los hermanos Cuevas, una bellísima novela que habla de la Hacienda San Rafael, hay un capítulo donde se habla de los únicos cuatro libros que había en esa casa, y, junto a dos tratados de economía y agricultura, había un ejemplar de *Las tradiciones peruanas* de Ricardo Palma. Yo siempre he pensado que este libro tuvo en España una gran acogida, como también la tuvo en Francia y en Inglaterra, y por eso me atrevo a incluir a Palma junto a los creadores del relato breve: Baudelaire, Poe y Bécquer.

Ahora bien, en las obras de estos autores que he mencionado se reúnen todos los temas, asuntos y géneros que ya caracterizan el cuento. Es decir, aparecen el terror, lo sobrenatural, lo fantástico, la historia, incluso el humor. Esta nueva forma de narración que surge tiene todos estos elementos en común ya en sus textos fundacionales. Por lo tanto, cuando aparece el cuento, se podría decir que no solamente está la lengua española presente, sino que hay al menos un autor hispanoamericano. Seguramente podría también añadir al brasileño Joaquín Machado de Asís y a algún escritor más, pero en este caso he preferido mencionar a Palma porque creo que su obra fue bastante popular y conocida en el siglo XIX.

Ahora bien, en América Latina el cuento siempre ha tenido una personalidad propia, una importancia que jamás ha sido puesta en entredicho, que jamás se ha discutido. Para empezar, algo que probablemente no ocurriría aquí, en el mundo literario o editorial español, es que el cuento en América Latina de por sí da prestigio literario. Alguien que sea escritor de cuentos, y solamente escritor de cuentos, puede pasar, por las virtudes y méritos de sus narraciones, a lo que sería la historia de la literatura. Y no solamente ser importante para la historia de la literatura, que es una cosa muy distinta, sino ser importante para la literatura. Esas son las dos cosas que me interesa destacar. Hay autores muy importantes para la historia de la literatura, y absolutamente insignificantes para la literatura. En el caso de los escritores de cuentos hispanoamericanos, son importantes para ambas disciplinas. El cuento concede prestigio, el cuento da valor literario. Autores como Monterroso, como Cortázar, como Borges, fundamentalmente son conocidos por su narrativa breve, aunque alguno de ellos haya publicado también alguna novela.

En segunda lugar, el cuento como género en Hispanoamérica siempre ha tenido una importancia en el mercado editorial, siempre ha sido un tipo de *producto* (y perdónenme la palabra cuando hablo de literatura, pero estaba hoy hablando de mercado editorial y creo que me expreso mejor si empleo estos conceptos), porque la gente busca los libros de relatos, los lectores buscan los libros de cuentos. En España casi siempre se dice que no ocurre así, que el lector español es sobre todo un lector de novelas. En Hispanoamérica, no. Allí un libro de relatos puede ser un libro absolutamente celebrado, disfrutado, comentado, recomendado, aunque no sea una novela. Y algunos de los libros más importantes de la historia de las diferentes literaturas nacionales de América Latina son libros de cuentos.

Por lo tanto, se puede hablar de lectores de cuentos, de lectores de narrativa breve en América Latina. A veces esto, trasladado a España, es muy difícil de defender. ¿Quiénes son los lectores de cuentos? Un amigo mío editor de poesía, Abelardo Linares, siempre me dice que en España hay dos mil lectores de poesía. Ya publique uno en Pre-Textos, en Visor, en Hiperión, en Renacimiento, los lectores en España son dos mil. Y si a uno lo leen esos dos mil lectores, entonces uno es un poeta que pasa a ser conocido, comentado y puede ser reseñado. Ahora, en la novela, el número de lectores no tiene techo, da igual que sea un *best-seller* o que sea una novela que circula en circuitos minoritarios. ¿Cuál es el techo de lectores de una novela? Es muy difícil de precisar. Hay *best-sellers* que se han convertido en *long-sellers*; pienso por ejemplo en *Los*

pilares de la tierra, que se ha publicado en español hace ya más de diez años y que sin embargo es un libro que sigue saliendo y se sigue vendiendo. Y estoy seguro de que con *El código da Vinci* y sus secuelas interminables pasará tres cuartos de lo mismo. Pero, felizmente, están *Soldados de Salamina* o las novelas de Javier Marías, o de Muñoz Molina, o de muchos novelistas hispanoamericanos que también tienen una vida muy larga. Calcular el número de lectores de una novela, y solamente por las ventas, es muy complicado.

En el caso de los cuentos, es más difícil todavía. Porque algunas ediciones no pasan de los tres mil ejemplares, no necesariamente se agotan, probablemente se saldan... Hoy en día a muchas editoriales no les gusta decir que han saldado, a algunos autores tampoco, y a veces los libros son hasta guillotizados. La Fundación de Mempo Giardinelli, en Argentina, trata de conseguir donaciones de estos saldos de grandes editoriales españolas, pero es que ni siquiera se quieren donar, que es una cosa que me extraña mucho. Yo, que he nacido en el tercer mundo, cuando me encuentro con esas noticias que dicen “los agricultores protestan por el cierre de no sé qué mercado y destruyen no sé cuántas toneladas de alimentos”, o “vierten no sé cuántos millones de litros de leche por las autopistas”, me pregunto por qué no los donan al tercer mundo. Bueno, pues con los libros es igual. Los libros, los textos escolares que no sirven de un año para otro, porque hoy en día hay que dibujarlos, pintarlos, etc., son guillotizados, destruidos. Ni siquiera son enviados, por ejemplo, a países hispanoamericanos donde, probablemente, un libro de tercero de primaria de matemáticas puede tener una vida mucho más larga. Pero ni aun así.

Así que esta idea del mundo editorial a mí me llena de perplejidad. Aquí no se puede calcular el número de lectores, pero en América Latina, sí. Allí salen los libros de cuentos -a veces el primer libro de los escritores, incluso de los consagrados, es de cuentos-, las ediciones se agotan y se siguen reeditando, e incluso existe el problema de la piratería. El problema de la piratería es gravísimo, sobre todo para los pobres editores que, haciendo muchísimo esfuerzo, publican un libro, para que luego venga un pirata de la edición y lo fotocopie, o lo clone directamente, y lo saque al mercado por un precio que es el cincuenta o el treinta por ciento del precio de tapa. Pero, curiosamente, a algunos autores les encanta ser pirateados porque es una especie de coquetería. Dicen: “mira, la gente busca mis libros, los piratean...”. Y hay vacíos legales terribles.

Pero, en cualquier caso, yo me quiero ceñir estrictamente a lo que me interesa destacar, que los libros de cuentos tienen lectores en Hispanoamérica, y un público

lector que, además, es un público agradecido. Y yo les decía que muchos grandes autores hispanoamericanos comenzaron su andadura como escritores publicando libros de cuentos. Por ejemplo, Cortázar, *Bestiario*, en el año 1951; García Márquez, entre los años de 1947 y 1955, publicó muchísimos cuentos, que luego reunió en un libro titulado *Ojos de perro azul*; Jorge Edwards, que nos acompaña en estos actos y que hablará a continuación, publicó en 1952 un libro de cuentos, su primer libro, que se tituló *El patio*; Carlos Fuentes, en 1954, publicó un libro de cuentos, *Los días enmascarados*; Mario Vargas Llosa, en 1959, el libro de cuentos *Los jefes*; Cabrera Infante, en 1960, *Así en la paz como en la guerra*; o Alfredo Bryce Echenique, que no ha podido estar aquí pero que hace un par de semanas sí dio una conferencia en la sede de la Fundación Caballero Bonald, publicó *Huerto cerrado* en 1968. Es decir, autores cuya importancia en las letras hispánicas hoy en día nadie discute comienzan su trayectoria como escritores con libros de cuentos, con libros de relatos. Incluso todos los que he citado siguieron publicando relatos. García Márquez, después de ganar el Premio Nobel, publica los *Doce cuentos peregrinos*; Carlos Fuentes, con la dimensión universal que tiene, ha publicado libros de cuentos como *Inquieta compañía*, hace muy poco tiempo, *Cuentos de terror* o *El naranjo*, a comienzos de los 90. Han seguido apostando por la narrativa breve.

En España esto no es así. Aquí uno debe comenzar con una novela, y, cuando uno ya se convierte en un autor importante, escribe cuentos de verano para los periódicos. O sea, que el cuento en España es más bien una especie de peonada literaria de los veranos, pero no forma parte de un proyecto ambicioso, salvo honrosísimas excepciones de autores que me consta que sí practican el cuento con una gran vocación. Pero lo normal es que, una vez que uno sea ya un autor conocido, importante y famoso, escriba cuentos los veranos para los periódicos y los suplementos. Y yo les digo que en Hispanoamérica esto no es así.

Por otro lado, las antologías de cuentos, sobre todo de cuento hispanoamericano, tienen una importancia equivalente a la que han tenido en España las antologías de poesía. Si hablamos de la Generación del 27, es porque hubo una antología: la famosa antología de Gerardo Diego, donde se hablaba de esta promoción de poetas. Si hablamos de la Generación del 50 y si hablamos de los Novísimos, es porque hay una antología que permite que todos estos poetas y estos nombres vayan a un primer plano. Y ya no digo más sobre la poesía de la experiencia y las últimas corrientes que hay, porque creo que todos tenemos en la cabeza dos o tres antologías. En el caso de

Hispanoamérica, las antologías de cuentos, de relatos, tienen una importancia semejante. Puedo mencionar alguna antología preparada para el mercado español, por ejemplo la que José Miguel Oviedo hizo para Alianza Editorial, tanto para Libros de Bolsillo como para Alianza Universidad, una especie de antología crítica del cuento hispanoamericano. Pero éste es un caso raro porque es una antología encargada desde España para dar a conocer, desde una perspectiva histórica, a diferentes autores. Yo más bien quiero hablarles de unas últimas antologías que han sido muy influyentes en los estudios más recientes sobre literatura hispanoamericana y, en concreto, narrativa breve. Por ejemplo, una que hicieron en Chile los escritores Alberto Fuguet y Sergio Gómez que se titulaba *McOndo*. Obviamente es un juego de palabras con “Macondo”, lugar literario mítico de *Cien años de soledad*, y “Mc” –como *McDonald-*, con el que Fuguet y Gómez quieren hacer una crítica sobre lo que ellos entendían como el indigenismo o el realismo mágico. Si les soy completamente sincero, ni Fuguet ni Gómez les contaron a los autores que habían invitado a la antología que iban a escribir un prólogo tan polémico y tan duro. De hecho, algunos de los narradores antologados en *McOndo* se asustaron mucho y salieron haciendo declaraciones de que ellos no suscribían ese prólogo, etc. Pero la verdad es que *McOndo* sigue siendo una antología muy citada, de la que se habla en los lugares más inverosímiles: en Alemania, en Inglaterra, en Moscú... Cuando hay encuentros de escritores y uno conoce a hispanistas de otros lugares, siempre tienen esta antología en la cabeza.

Ya en España, y para la editorial Lengua de Trapo, Eduardo Bécerra, que es un profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, hizo una antología llamada *Líneas aéreas*. En ella participaban alrededor de ochenta escritores latinoamericanos. Era una antología muy extensa, muy amplia. Es un muestrario muy útil. Si alguien quiere saber un escritor paraguayo, hondureño, nicaragüense..., pues esta antología es bastante útil. Lo que ocurre es que no necesariamente un criterio geográfico tiene que ser el más acertado. Llega un momento en que uno no sabe si al narrador guatemalteco o al narrador peruano lo han puesto por cuota o porque realmente tenía que estar allí. Pero *Líneas aéreas* no deja de ser también una antología citada y recomendada.

Más recientemente, el escritor argentino Andrés Neuman, que vive en Granada, hizo una antología para Páginas de Espuma que se titulaba *Pequeñas resistencias*. En esta antología ya el número de autores es muchísimo menor, no llega a veinte. Y en ella, Neuman pide a cada uno de los escritores invitados que haga una especie de presentación de su obra y de su manera de entender el cuento, la narrativa breve. Y

además, esta primera antología de *Pequeñas resistencias* ha servido para que estén saliendo varios nuevos tomos. Porque el primer tomo estaba dedicado a narradores en español residentes en España, donde mezclaba tanto a autores latinoamericanos como españoles. El segundo tomo es de autores latinoamericanos, pero de Centroamérica y del Caribe. El tercer tomo es de los escritores llamados andinos. Habrá un cuarto tomo para los escritores del Río de la Plata. Habrá un tomo futuro para los autores en español de los Estados Unidos, que no hay que perder de vista a este personal, porque Estados Unidos es el segundo país del mundo donde más se habla español (España es el tercero y México el primero). Como ya hay gente que escribe en español en los Estados Unidos, en Páginas de Espuma les van a dedicar un tomo de *Pequeñas resistencias*.

Y no puedo dejar de mencionar algunas editoriales españolas que, bien desde España o a través de sus delegaciones en Hispanoamérica, también apuestan mucho por el cuento. Por ejemplo, Alfaguara, Tusquets, Seix Barral. En el caso de España, especialmente Páginas de Espuma y también quiero citar lo que está haciendo la editorial Siruela, que desde el año 2002 viene publicando casi anualmente un tomo muy gordo dedicado a un país. De manera sorprendente, el primer tomo fue dedicado a República Dominicana. Se trataba de un libro muy gordo, una antología de autores de cuentos dominicanos. Hay un tomo también de autores argentinos, y se está preparando el tomo de los escritores chilenos. Pero uno más o menos puede imaginarse que en Argentina, como es lógico, haya muchísimos narradores de cuentos. Sin embargo lo de República Dominicana fue una sorpresa y el libro no tiene desperdicio. Es estupendo y va por la tercera edición. Lo que quiere decir que no es tan cierto que no interesen los cuentos. Y mucho menos los de República Dominicana.

Y así como existen editoriales que prestigian el cuento, también hay algunos premios dedicados exclusivamente a cuentos. No voy a hablar ni del “NH”, ni del “Hucha de Oro”, que son premios españoles, con solera, sino que quiero hablar de dos premios que se conceden fuera de España –algunos ganados por autores españoles- y que en Hispanoamérica tienen muchísimo prestigio. El primero sería el “Premio Juan Rulfo”, convocado por Radio Francia y “La maison de Mexique”, en París (como si fuera el Instituto Cervantes pero de los mexicanos). Convocan este premio desde los años 70 y, para el nivel de vida latinoamericano, es un premio absolutamente millonario (son como unos diez mil dólares, unos ocho mil y pico de euros, que no está nada mal). En América Latina el “Premio Juan Rulfo” es un premio muy prestigioso,

económicamente muy apetecible y ha sido ganado por los escritores hispanoamericanos más sobresalientes.

El segundo es un premio argentino de relatos o de cuentos del diario *La Nación*. Y aquí tengo que hacer un inciso porque ese premio ha sido ganado por dos autores españoles, andaluces, de la provincia de Cádiz, y además uno de ellos de Jerez. Lo ganó Fernando Quiñones (de Chiclana como ustedes saben, flamencólogo o flamencólico, como quieran) y le mereció unos grandes elogios de Borges. Y además a mí me alegra también que Fernando Quiñones tenga hoy una Fundación y que su obra se esté revalorando, porque los elogios de Borges, aunque parezca mentira, aquí le perjudicaron mucho. Y es que cuando todo el mundo desea que alguien como Borges diga algo bueno de uno, resulta que Borges elogió tanto a Fernando Quiñones que algunos dijeron: “seguro que lo elogia para fastidiarnos a nosotros”. De modo que no le echaron cuenta durante años a Fernando Quiñones, que es desde luego un extraordinario escritor y un hombre de una conversación increíble. El segundo escritor español que gana este premio es de Jerez: Juan Bonilla. Juan Bonilla gana el “Premio de Relatos de La Nación de Buenos Aires” y, cuando publica *El que apaga la luz* en Pre-Textos (prácticamente su segundo libro, porque el primero fue *Veinticinco años de éxito*), en la solapa del libro decía que de lo que se podía sentir Juan más orgulloso era de este premio, porque en América Latina es muy importante.

Con todo esto que he explicado, se puede demostrar cómo el cuento, la narrativa breve, el relato, sí es un género que da prestigio y valor literario en América Latina. Y hago aquí un pequeño paréntesis. En España hay muchísimos premios de relatos. Algunos más municipales que literarios, pero no importa. Son premios donde han hecho carrera muchos escritores. Por ejemplo, uno que ha fallecido hace poco, que era el chileno Roberto Bolaño -para mí, un espléndido escritor-. Bolaño vivió durante años de ganar premios de cuentos convocados por unos ayuntamientos perdidos de la geografía española. Lo mismo podía ganar el “Premio de Cuentos Queso de Albacete”, que podía ganar el “Premio de Cuentos Ciudad de Dos Hermanas”. Pero a mucha honra y siempre bien recibidos, porque eran los premios que le permitían llegar a fin de mes. Si ustedes leyeron *Soldados de Salamina*, recordarán que el protagonista de la novela conoce a un vigilante de un camping, y que ese vigilante le habla del antiguo soldado republicano, Miralles, que vive en Francia. Pues ese vigilante del camping aparece con nombre y apellidos: Roberto Bolaño. Y de verdad Roberto Bolaño para poder vivir tenía que desempeñar los trabajos más inverosímiles. Uno de ellos, vigilante de camping. Y si no

hubiera sido por la cantidad de premios de cuentos que se convocan en España, autores como Roberto Bolaño no hubieran podido sobrevivir.

Me sirve mencionar a Roberto Bolaño porque dentro de un momento voy a citar a un escritor argentino a quien Bolaño le dedica un cuento espléndido. Pero, en cualquier caso, creo que hasta aquí he podido explicarles de manera más o menos exhaustiva por qué en América Latina los cuentos son tan importantes.

Y ahora voy a hablarles de alguien que, además, ha contribuido a que el cuento sea especialmente importante, y es Jorge Luis Borges. Borges –y aquí voy a tratar de generar el posterior debate- es el gran clásico de la Lengua Española después de Cervantes. Esto es algo sobre lo que podríamos después discutir, pero, si uno toma el libro de Harold Bloom, *El canon occidental*, con cuyo título yo juego en el título de esta charla, verá que prácticamente sólo incluye dos autores en español. Uno es Cervantes, el otro es Borges. Aunque mencione a Lorca, a Octavio Paz o a Rulfo (porque a García Márquez no lo menciona). Es decir, los dos grandes autores de Lengua Española de todos los tiempos, para Harold Bloom, son Cervantes y Borges. Borges, indudablemente, por los relatos, por los cuentos. Borges es un autor que ha construido un mundo a partir de los cuentos. En el caso de Cervantes, evidentemente por *El Quijote*. Yo les prometo hablar poquito de *El Quijote* porque ya tenemos sobredosis, pero para mí siempre ha sido un libro de cuentos. Y una de las razones por las que estoy persuadido de que se conoce poco *El Quijote* es porque siempre lo hemos leído fragmentariamente y por capítulos. Nos conocemos el capítulo de los molinos, el de los leones, el de las bodas de Camacho, cuando mantearon a Sancho... Pero luego hay otros capítulos que están como difuminados en la memoria, y es porque hemos hecho una lectura fragmentaria porque *El Quijote* lo consiente, porque es también una suma de historias, una suma de episodios muy bien hilvanados por Cervantes. Y, por tanto, funciona también como un libro de cuentos. No es mi deseo hablar de *El Quijote*, pero sí generar un poco de debate. De modo que Cervantes y Borges son los dos autores de habla hispana más importantes de todos los tiempos, y no sólo porque lo diga Harold Bloom, sino porque ahí están las ediciones, los estudios, las tesis y las influencias sobre otros autores de otras lenguas, que en el caso de Cervantes están más que comprobadas y en el caso de Borges lo vemos en autores como Salman Rushdie, Umberto Eco, Italo Calvino en su momento, Kundera y muchísimos más.

El mundo borgiano está fraguado a partir de cuentos, a partir de narraciones breves. Hay cuentos en *El libro de arena*, en *El Aleph* y en *Ficciones* que tratan temas

filosóficos, religiosos, literarios, y con miradas distintas que permiten que se pueda hablar de *temas* dentro de la narrativa borgiana. Y estos temas borgianos (el tiempo, la circularidad, la eternidad, etc.) han influido en otros autores. Y a partir de relatos, de cuentos: no le ha hecho falta a Borges escribir una novela para formar parte de ese canon occidental.

Sin embargo, y ya para terminar, quiero hablarles no sólo del canon occidental, sino también de un canon accidental. Yo querría participarles los que desde mi punto de vista van, junto con Borges, en la narrativa breve hispanoamericana y que sobre todo me encantaría recomendarles. No he querido dar una charla filológica, ni erudita, ni académica, ni profesoral. Lo que quiero es transmitir entusiasmo o generar antipatía. Cualquiera de las dos cosas me daría igual, pero crear un clima de interés (o de rechazo, según) sobre estas cosas que yo me tomo con pasión.

¿Quiénes podrían ser estos integrantes de un canon accidental y, por lo tanto, latinoamericano de narrativa breve, de cuentos? En primer lugar, Juan José Arreola. Juan José Arreola es un escritor mexicano ya fallecido. Sus cuentos completos han sido publicados por Alfaguara, pero está editado en muchísimas editoriales. Tiene un libro estupendo que se titula *Bestiario*, igual que el de Cortázar. Y créanme que si leen cualquier libro de Arreola no les va a decepcionar.

También de México, Juan Rulfo, que es más fácil porque solamente voy a mencionar sus dos únicos libros: *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*. Aunque este último es una novela muy corta. De hecho, siempre vienen en el mismo libro las dos obras. *Pedro Páramo* vendría a ser lo que los franceses llaman una *nouvelle*, o sea, un cuento largo.

En tercer lugar, Alejo Carpentier, que es de sobras conocido por todos ustedes como novelista. Pero yo les quiero recomendar un libro de cuentos de Carpentier que se llama *Guerra del tiempo*, que sólo tiene tres relatos. Ahora, los tres son maravillosos, los borda. Es una cosa increíble lo que Carpentier consigue con estos cuentos, y particularmente les recomiendo uno, que se titula “Viaje a la semilla”. Si no encuentran el libro de cuentos de Carpentier, quizá puedan buscar por Internet “Viaje a la semilla”. Bájense el cuento, imprímanlo, léanlo. Para mí lo importante de esta charla es poder decirle algunos nombres, y basta con que ustedes se queden con dos o tres y quieran leerlos, para que tenga sentido el que estemos aquí hablando de literatura. Aparte de que yo parto de la base de que aquí estamos los convencidos, que aquí no hay que venderle a

nadie la moto de que leer es bueno y que lo que hacemos es intercambiarnos las cosas que nos gustan.

Después de Alejo Carpentier, quiero citar a Julio Ramón Ribeyro. Ribeyro también publicó novelas pero sobre todo es conocido, recordado y celebrado por sus cuentos. Aquí en España, felizmente, se le ha revalorizado mucho y sus cuentos completos están en Alfaguara. Hay una antología muy buena en Tusquets que hizo Alfredo Bryce, otra en Cátedra –o sea que estoy hablando de un libro muy asequible, lo digo porque seguro que aquí hay más de un profesor de literatura que sabe que los libros de Cátedra tienen una buena introducción, un estudio preliminar, notas, etc. y no son caros-, también está en los Clásicos de Castalia -otra edición muy válida para institutos o para consumo personal-. Pero, en el Perú, los cuentos completos de Ribeyro salieron en cuatro volúmenes con el título de *La palabra del mudo*. Esto parece un oxímoron. Pero Ribeyro era un hombre muy tímido, muy callado, y siempre decía que lo que deseaba era que sus cuentos, su literatura, le dieran voz a los que no la tenían. Y por eso elige el nombre de *La palabra del mudo*. Yo estudié en el mismo colegio donde estudió Ribeyro. Hay una novela de Vargas Llosa, *Los cachorros*, en la que, en un colegio, un perro muerde a un muchacho en los genitales; literalmente lo castra. Ése era también el colegio, mi colegio. Ribeyro era un hombre tan tímido que cuando se hizo una especie de almuerzo de ex alumnos (porque cuando yo terminé mis estudios el colegio cumplía cincuenta años, pretexto de gran borrachera, todos querían reencontrarse...), él llegó allí todo flaco como era, silencioso, y sus amigos, que a esas horas ya tenían varios kilómetros de juega recorridos, con esa dicción propia y atropellada de los que han bebido unas cuantas copas de más, le decían: “Y tú, Ribeyro, ¿a qué te dedicas?” Y Ribeyro dijo: “Bueno, yo soy escritor”. Entonces uno lo miró y le dijo: “¡Escritor! Ah ya: Shakespeare, Chocano, esas cosas...”. Que es como decir Lope de Vega, Cervantes, etc. O sea la idea de que Ribeyro fuera escritor era una cosa que ni sus compañeros de colegio, ni sus amigos imaginaban. Ribeyro era un hombre al que le encantaba pasar de puntillas y desapercibido. Y es una pena, porque todo el reconocimiento importante prácticamente le ha venido después de muerto.

Después de Ribeyro, no puedo dejar de citar a Augusto Monterroso. Toda su obra está en Alfaguara, en Oveja Negra, en Seix Barral... Además es Premio Cervantes.

Por supuesto, también tengo que mencionar a Julio Cortázar, argentino, al igual que Adolfo Bioy Casares.

Pero ahora voy a citar a tres narradores argentinos que quizás sean menos conocidos, pero no por eso menos fascinantes en su literatura. Uno de ellos es Marco Denevi. Es muy difícil encontrar sus libros en España. Felizmente, hay una colección en Cádiz, la Colección Calembé –de la Fundación Municipal de Cultura-, que ha editado uno de sus libros, *Falsificaciones y otras historias*. Por lo menos ése creo que se puede encontrar sin problemas. Pero Marco Denevi es un escritor fabuloso.

Otro argentino que también es un extraordinario escritor de cuentos es Osvaldo Lamborghini. Toda su obra está en dos volúmenes que fueron publicados en Barcelona y Buenos Aires simultáneamente con un título muy simple: *Novelas y cuentos* (novelas tenía una, pero cuentos muchísimos), una edición preparada por el escritor César Aira, y está muy bien. .

El tercero que voy a mencionar se llama Antonio Di Benedetto –Italia está llena de apellidos argentinos...-. Es un escritor que vivió en España. Fue torturado por la guerra sucia, por los militares argentinos, estuvo preso, logró salir, vino a España y estaba prácticamente en la miseria. Se dedicó, para poder sobrevivir, a presentarse a todos los concursos de cuentos que veía en los periódicos. Si el Ayuntamiento de Torre Vieja convocaba el Premio de Relatos Ciudad de Torre Vieja, en el que los cuentos debieran versar sobre la historia de Torre Vieja o sus monumentos importantes, pues Di Benedetto escribía un cuento ambientado en Torre Vieja. Si se convocaba, por ejemplo, el Premio Ciudad de Bormujos, para cuentos ambientados en Bormujos o que traten de la historia de la localidad, sus costumbres y su gastronomía, cambiaba el cuento de Ciudad de Torre Vieja y lo adaptaba a Bormujo. Y lo ganaba, claro, porque era un gran escritor. Aunque a veces tampoco los ganaba, cosa que era increíble. Pues resulta que Roberto Bolaño conoció a Di Benedetto en una ceremonia de premiación de uno de estos concursos, en el que él ganó y Bolaño quedó tercero. Y a partir de allí se compincharon y siempre se mandaban los recortes para saber qué premio se convocaba. Si se trataba de un premio en La Laguna de Tenerife, entonces uno le mandaba al otro, a vuelta de correo, la convocatoria con las bases del premio de Chiclana. De esa manera, estaban siempre presentándose a todos los premios. El caso es que Di Benedetto regresa a la Argentina, donde muere. Y Bolaño escribe un cuento maravilloso que se llama “Sensini”, que es el primer cuento de un libro de Bolaño editado en Anagrama titulado *Llamadas telefónicas*. Si ustedes logran leer este cuento, sepan que está dedicado a Antonio Di Benedetto. No lo dice, no lo especifica, pero a los que hemos conocido esa historia nos resulta un cuento conmovedor. Y a los que, además, supimos que, mientras

Bolaño escribía ese libro, Di Benedetto estaba desahuciado y no le quedaba más futuro que la muerte, nos parece más conmovedor todavía. Porque el protagonista es, efectivamente, es un escritor mayor, muy pobre, que sabe que lo que le espera es el olvido y que sólo puede mantener a su familia ganando concursos literarios de remotos y perdidos ayuntamientos españoles. Créanme que se trata de un cuento conmovedor .

Y ya para terminar, dos escritores más de cuentos, uruguayos en este caso. Horacio Quiroga, muy conocido porque sus cuentos están en muchas antologías y en muchas ediciones, y Felisberto Hernández.

Éstos serían, en mi modesto, arbitrario y seguramente temerario criterio, los autores de cuentos que formarían parte de este canon accidental o latinoamericano, y que ahora voy a repetir: Juan José Arreola, Juan Rulfo, Alejo Carpentier, Julio Ramón Ribeyro, Augusto Monterroso, Julio Cortázar, Adolfo Bioy Casares, Marco Denevi, Antonio Di Benedetto, Osvaldo Lamborghini, Horacio Quiroga y Felisberto Hernández.

Por supuesto que hay muchos más autores con muchísimos libros de cuentos, pero yo creo que aquí de lo que se trata es de compartir entusiasmo, ilusión, y estoy seguro de que los buenos libros llevan a otros libros y, si leen a estos autores, terminarán leyendo a los que me dejo en el tintero. Y creo además que, leyéndolos a ellos, estaría más que justificada la hora que les he hecho perder aquí, en Jerez. Muchas gracias.

Público: Yo sólo quería añadir algo porque también soy latinoamericana, brasileña, y en mi país es igual. Tenemos grandes escritores de cuentos, e incluso en la Universidad se estudia un curso dedicado al cuento. Y quería añadir que, además de todo eso, hay también textos que son como poéticas del cuento, muy bonitos, de Quiroga, de Piglia, de Cortázar, que escriben muy bien e intentan justificar la importancia del cuento, e incluso decir cómo contarlo. Nada más y muchas gracias.

Fernando Iwasaki: No, gracias a ti. Y me alegro de haber recordado a Joaquín Machado de Asís, que es un gran escritor de cuentos.

Público: En su presentación, Cristina Díaz-Pinés mencionó algo que yo no había escuchado en mi vida y que me ha llamado la atención, por eso quiero saber qué es: el realismo mágico español del barroco. No lo había oído nunca.

Fernando Iwasaki: Lo que ha citado Cristina tiene que ver con una novela que he publicado hace poco. Se trata de una novela que tiene que ver con un pensamiento que hace muchos años que estoy tratando de poner en orden. Para mí, el barroco español es lo más parecido a la mentalidad del realismo mágico hispanoamericano, haciendo además la salvedad de que yo creo que los latinoamericanos no inventamos el realismo mágico. Por ejemplo, en *El bosque animado* de Wenceslao Fernández Flórez –que, si no me equivoco, es de la década del 40- ya hay una serie de gallegos que caminan por los bosques y hablan con fantasmas, y todavía no se había escrito *Cien años de soledad*. Alvaro Cunqueiro, en las novelas ambientadas en ese ambiente galaico, también describe un mundo de realismo mágico. Pero concretamente lo del barroco estaba relacionado con lo que narraba mi novela. Mi novela trata de un gusano imaginario, pero que sin embargo estaba en todos los libros de medicina del siglo XVI, un gusano que se llamaba el neguijón y que supuestamente era el que picaba los dientes y las muelas, porque como había esta visión un poco hortofrutícola de la vida (la fruta, los gusanos, etc.), cuando veían los agujeros en las muelas, estos hombres -sobre todo frailes y médicos del siglo XVI- pensaban que eran provocados por un gusano. Y si ustedes se fijan, en el *Diccionario de autoridades* –que es prácticamente el primer diccionario de nuestra lengua, de 1732-, en la entrada correspondiente a “neguijón” dice: “En los dientes se engendra un gusanillo que llaman neguijón”. Creer que en los dientes había un gusano implicaba para la terapia de las muelas un *modus operandi* destinado a cazar el gusano. Imagínense ustedes los dolores de muelas de esas épocas y que viniera el sacamuelas con clavos calentados que se introducían por los agujeros; o los flemones, que se pensaba que eran madrigueras de gusanos, y entonces hacían un corte en la mejilla (por supuesto dejaban la cara estropeada ya para los restos). Y a partir de ahí, había toda una terapia según la cual cada razonamiento era más descabellado que el otro. Yo en el libro sólo hablo del gusano, pero cualquier texto, *El Buscón*, *El Quijote*, *El Lazarillo de Tormes* y, por supuesto, *El símbolo de la fe* de Fray Luis de Granada o cualquier libro místico de aquella época, parecen libros del realismo mágico. Fray Luis de Granada, por ejemplo, en el *Libro de la oración y la meditación*, explica qué procedimientos e incluso qué alimentos hay que tomar para poder tener una visión del cielo, del infierno y del purgatorio, y poder viajar por estos mundos, para salvar a las almas del purgatorio, en concreto. Este pensamiento, que es un pensamiento delirante, es propio del realismo mágico. Lo que pasa es que en esa época a la gente la

llevaban a la inquisición y hoy te llevan a la televisión, porque cuando alguien viene con estas ideas extrañas inmediatamente va a *Crónicas marcianas* y le hacen una entrevista.

Cuando yo era niño, mi abuela me llevaba –y yo tengo escrito por eso un libro de cuentos de terror, dedicado a mi abuela y a las monjitas de mi colegio- a ver un crucifijo que tenía en la cómoda de su cuarto y me decía: “Cuando mientes, le aprietas la corona de espinas”. Claro, yo me quedaba mirando y sentía una culpabilidad enorme porque mentiras tenía unas pocas. Este pensamiento que me transmitía mi abuela en el año 1964 ó 1965, trasládenlo ustedes al siglo XVI. Imagínense: viene el sacamuelas con un instrumento que se llamaba el *gatillo*, una suerte de tenazas con las que, cuando tiraba de las muelas –que estaban todas carcomidas-, lo más normal era que se rompieran. Y entonces había otro instrumento que se llamaba el *descarnador*, que, como su nombre, indica servía para escarbar y sacar las raíces. Pues bien, ¿cómo se enfrenta el hombre del siglo XVI al dolor? Se enfrenta a través de la fe; tiene que articular un razonamiento más o menos escatológico donde le dicen: “Cristo en la cruz sufrió por los pecados de todos los hombres. Por lo tanto, esa muela que se te vamos a arrancar, no te tiene que doler nada”. Ahora bien, he puesto el ejemplo de la muela pero podía haberlo puesto de amputaciones de piernas o de otros miembros. Por eso es que la inquisición perseguía la blasfemia, porque, cuando a la gente le dolía algo, soltaba una expresión malsonante y, según los libros de medicina de la época –no de teología, sino de medicina-, sólo se podía blasfemar con tres dolores: el dolor de muelas, el dolor de cólico nefrítico (que le llamaban dolor de piedra) y el dolor de hemorroides. La mujer tenía que aguantarse en el parto, no podía chillar, porque, según la mentalidad machista de la época, y como dice la Biblia, la mujer tenía que expulsar con dolores su descendencia. Pero, además, ¿cómo era la higiene del siglo XVI, esas bocas, esos pelos, etc.? Las almorranas y muchas otras cosas más eran absolutamente normales. Y todo ese pensamiento discurría por unos cauces que yo me he atrevido a definir como de realismo mágico. Y como el protagonista de mi novela es un gusano, me parecía muy poético decir que la mariposa latinoamericana del realismo mágico fue alguna vez un gusano barroco español.

Jordi Gracia (entre el público): Yo me sumo activamente a todos tus entusiasmos y complicidades con la cantidad de cuentistas que han mencionado y los que no, que evidentemente son más. Lo que me choca un poco y me sorprende es que sigamos

repitiendo una idea un tanto fosilizada con respecto a si la literatura española ha generado o no cuentistas. La verdad es que, mientras hablabas, sobre todo cuando has mencionado a esos autores hispanoamericanos de primerísimo nivel, desde García Márquez a Cortázar, que habían sacado sus primeros títulos como cuentistas, he ido haciendo un repaso mental en escritores de primera fila españoles desde la segunda mitad del XIX, y casi todos me salían con cuentos. Y con libros de cuentos, además, no precisamente menores. No quiero hacer el recuento ahora pero, por ejemplo, desde Clarín a Pío Baroja (su primer libro, *Vidas sombrías*). Los cuentos de Clarín eran lo más conocido de su obra –aparte de la crítica literaria-, no evidentemente *La Regenta*. Y desde ahí la lista es interminable: Juan Benet empieza con un libro de cuentos, Sánchez Ferlosio (de hecho, *Alfanhuí* es una *nouvelle*, no una novela), Carmen Martín Gaité, Ignacio Aldecoa, Fernández Santos. Si nos vamos al presente, el propio Cercas que has citado lo primero que publica es un libro de cuentos. La lista es muy larga. Como tú venías con ganas de provocación, y me parece muy bien y las comparto, planteo: ¿dónde está el motivo de que nos hayamos olvidado o hayamos menospreciado en la sociedad literaria española un género que ha tenido un cultivo, una tenacidad, una presencia en revistas, colecciones..., que no ha estado fuera del mercado literario, que ha existido de verdad? ¿Por qué, sin embargo, seguimos con la noción de que o hay que reivindicar el cuento literario español, o no existe? En realidad, si hacemos ese recuento, encontramos que no sólo existe, sino que además es bueno. No sé si tan bueno como Ribeiro, o como Rulfo, o como Arreola. Hasta ahí no me atrevo, eso es otra consideración. Pero lo que me choca es que sigamos repitiendo la idea de que el cuento no ha tenido una presencia literaria cualitativamente respetable desde finales del XIX. Y lo que me planteo es por qué existe esa dificultad para reconocer que existe.

Fernando Iwasaki: Mil gracias por la pregunta. Yo no creo que haya puesto especialmente énfasis en eso, porque de hecho el título de mi charla era sólo sobre América Latina. Si yo tuviera ahora mismo que hablar sobre el cuento en España, estoy absolutamente de acuerdo en todo lo que has mencionado, porque en España siempre ha habido autores de cuentos. Comencé citando a Bécquer como uno de los fundadores del relato, y de él en adelante claro que ha habido continuadores. La revista *Quimera* hizo una gran encuesta el año pasado sobre el cuento. A mí me preguntaron por los diez libros de cuentos de autores españoles que yo consideraba más importantes, y por supuesto que cité a Miró, que tiene unos cuentos maravillosos, a Cunqueiro, a Perucho...

A Aldecoa, por ejemplo, no lo mencioné, pero sí a Wenceslao Fernández Flórez que tiene un libro titulado *Tragedias de la vida vulgar*, del año veintitantos, que es magnífico, a Juan García Hortelano, a Quiñones. Es decir, creo que siempre ha habido una buena cantidad de grandes escritores de cuentos en España, y por eso más bien lo que me choca es que los editores digan que el cuento en España no interesa o no vende. Y dije al principio que no iba a entrar en este punto, simple y llanamente porque considero que no tengo por qué persuadir a nadie del valor del cuento, ni me parece bueno que los escritores de cuentos vayamos –como dicen mis amigos flamencos– mendigando por ahí. Creo que el cuento de por sí tiene dignidad, de por sí tiene valor y, si yo ahora tuviese que hacer un brevísimo inventario de estos buenos libros de cuentos que hay en España, simplemente con autores contemporáneos, mencionaría a Javier Marías –que tiene un extraordinario libro de cuentos, *Mientras ellas duermen*–, a Juan Bonilla, al que ya he citado... El libro de Cercas que mencionabas me imagino que será *El móvil*, que salió en Sirmio y que tiene tres o cuatro cuentos que, además, contienen en germen *Soldados de Salamina*, *El inquilino* y *La velocidad de la luz*. Y están Vilá Matas, por supuesto, o Quim Monzó, que para mí es escritor en español aunque el quiera escribir en catalán (si quiere escribir en catalán, es su problema, pero yo lo leo en español), etc.

Yo quería, ya para terminar, leerles un texto de Denevi, porque me parece una especie de parodia de estas reuniones como las que estamos celebrando aquí, y yo creo que es bueno reírse de uno mismo. Es un cuento que se llama “Misterios de la creación literaria”, y dice:

“Como en la mesa redonda intervendrían tres monstruos sagrados, la concurrencia era mucha y, como el salón es un pañuelo, los concurrentes parecían todavía más. Nombraré a los monstruos sagrados por orden de fama: Silvia Lefort, la novelista; Delfín Bárquez, el crítico; Narciso Gargulián, el poeta. Un cuarto personaje, la actriz y profesora de declamación Aximia del Casal (en prosa se llama Herminia Casali), oficiaría de moderadora del panel. Las personas que colmaban el salón habían sido reclutadas entre: uno, los amigos de Silvia Lefort; dos, los enemigos de Delfín Bárquez; las enamoradas de Narciso Gargulián; cuatro, los intelectuales que ni ebrios, dormidos o en estado de coma dejan pasar la oportunidad de exhibirse en público; cinco, las discípulas de Aximia del Casal, quien, no satisfecha con perpetrar la recitación,

hace proselistimo; seis, las viejas y viejos que concurren a todas las conferencias y mesas redondas, miran, no sé si también oyen, aplauden y se van sin que se les altere una impavidez melancólica de estar por encima de las vanidades del mundo”.

Esto sigue de una manera muy divertida explicando cómo transcurren las mesas redondas, y crean que casi siempre es una historia muy parecida a la que hemos protagonizado hoy.